

Julio Lamelas Míguez

## **Notas de simbolismo bíblico en el arte (II). El mundo vegetal: el árbol de los orígenes, la higuera, la vid, el trigo y el olivo**

La importancia que el mundo de las plantas tiene en la Biblia no reside en su número, sino en la relación simbólica que a través de ellas se establece con determinados momentos y aspectos de la existencia humana en base a una clave religiosa de interpretación, la del pacto o alianza (“berit”) de Dios con su pueblo.

Nos servimos del arte como instrumento hermenéutico e ilustrativo de esa carga simbólica del texto que ha ido aflorando en los “distintos momentos históricos del arte: capítulos de un viaje dramático a través de las vicisitudes de la vida” (M. BRION, *La Bibbia nell’arte*, Firenze 1956, pp.16-17).

Para ello analizaremos algunos motivos vegetales, no todos; solamente algunos de los más conocidos en los que la característica de símbolo, como unificador social y diversificador personal, está presente. Nos limitamos al Antiguo Testamento, aunque a veces se hagan esporádicas referencias al Nuevo; e ilustraremos las ideas con algunas imágenes del arte ourensano.

Algunos símbolos de origen mítico, especialmente los que se refieren a los orígenes del mundo y del hombre, hay que enmarcarlos en el ámbito de las plantas. El primero y más conocido es, sin duda, el que se considera el rey de todos los vegetales: el árbol y que es presentado como de la vida y de la ciencia o conocimiento del bien y del mal.

El mundo vegetal es el “habitat” primero del ser humano porque el hombre por su condición está profundamente unido a la tierra (**adam/ adamah**- Gn 1-2; Is 61, 1). Esto indica la fragilidad, la caducidad y una efímera consistencia, como hierba que se seca y es quemada o como flor que pronto se marchita. Por otra parte, el reverdear de la naturaleza representa la prestancia, la belleza, el vigor y la fecundidad del hombre. Prestancia y vigor del cedro del Líbano, belleza y fructuosidad de la palmera, esplendor y abundancia del olivo. Al mundo vegetal pertenecen también los símbolos de los perfumes, bellamente desarrollados en el libro del Cantar de los Cantares.

Pero los más frecuentes son aquellos que simbolizan la historia particular de las relaciones de Dios con su pueblo: la viña, la vid, el trigo, los cardos, la cizaña... Todos ellos serán retomados por Jesús de Nazaret especialmente en las parábolas.

### 1.- El árbol de los orígenes:

Gn 2, 9: “El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos de ver y buenos para comer, así como el árbol de la vida en medio del huerto y el árbol del conocimiento del bien y del mal”.

Gn 2, 16b-17: “Puedes comer de todos los árboles del huerto; pero no comas del árbol del conocimiento del bien y del mal”.

El árbol ha sido colocado en aquel “bosque del amor” - para utilizar el título de un famoso cuadro de Renato Guttuso- que es el jardín del mundo, “el paraíso”- un parque verdeguante y encantador. El árbol es, por otra parte, un símbolo fundamental de la literatura oriental sapiencial (Sal 1; Eclo 24, 12-18), que tiene a menudo entre los ojos un panorama árido y desnudo, cruzado tan sólo por un tenue hilo de verdor y vegetación. En esta situación el árbol indica vida, estabilidad, prosperidad, el crecimiento mismo del hombre y su cultura.

En medio de los árboles del jardín se encuentran dos especies absolutamente desconocidas en los catálogos de los botánicos. Son, en efecto, árboles simbólicos:

- El de la vida, signo de inmortalidad y de comunión con la divinidad.

- El del conocimiento, la ciencia del bien y del mal, un árbol teológico, del que sólo habla la Biblia, y que se ha identificado erróneamente con el manzano. Se trata del gran símbolo de nuestro destino, ligado a nuestra libertad. Si acogemos la ley moral como un don divino, nuestra existencia será serena y fuerte, segura y tranquila. Pero, desdichadamente, el hombre siente el deseo de apoderarse del fruto de la moral, quiere decidir por sí mismo lo que es bueno y malo, desea ser él, solo él, el árbitro de la moral, rechazando la propuesta divina. Bajo este árbol se desarrolla un drama eterno y fundamental, un drama que se repite cada día en el interior de nuestras decisiones éticas. “De todos podéis comer, menos...”.

Gn 3, 2ss: “La mujer dijo a la serpiente: - Podemos comer del fruto de los árboles del huerto; sólo nos ha prohibido bajo pena de muerte comer o tocar el fruto del árbol que está en medio del huerto”.

Dios no ha encadenado todas las potencialidades de la libertad, sino tan sólo las de los valores morales.

“No moriréis... Se abrirán vuestros ojos... Seréis como Dios “(Gn 3, 4)”. La mujer tomó de su fruto y comió; se lo dio a su marido que también comió” (Gn 3, 6). La tradición popular, llevada por la fantasía, ha identificado aquel árbol con un manzano, tal vez por la resonancia fonética que existe en latín entre las voces **malus**, -i: manzano; **malum**, -i: mal; y **malus**, -a, -um: malo, al utilizar como texto para la traducción la Vulgata de San Jerónimo: “Lignum vitae, lignum boni et mali (Gn 2, 9). De ligno autem scientiae boni et mali ne comedas (Gn 2, 17)”.

En hebreo manzano es **tapuah**: lo que huele bien. En referencia al agradable olor que exhalan sus frutos. En el Cantar de los Cantares, el amado extasiado dice

a su amada: “El perfume de tu aliento es como el de las manzanas” (Cant 7, 9). Y para ella el amado es “como manzano entre los árboles silvestres... A su sombra anhelo sentarme y su fruto es dulce a mi paladar” (Cant 2, 3).

Gn 3, 7: “Se les abrieron los ojos, se dieron cuenta de que estaban desnudos, entrelazaron hojas de higuera y se taparon con ellas”. Mientras que el vestido es imagen de dignidad, despojarse de él indica humillación. La desnudez se refiere de ordinario en el Antiguo Testamento a la pérdida de la dignidad humana y social; representa ante todo la radicalidad humana en su situación existencial de criatura limitada. El pecado consiste en convertir en drama aquella limitación humana que antes, en cambio, había sido aceptada con serenidad. El hombre al descubrir con el pecado que su sueño de ser como Dios es puro engaño, se encuentra con la consciencia de su limitación, pero ahora sentida como penosa y vergonzosa. Recurre, entonces, a una cobertura ficticia, las hojas de higuera, símbolo de una modesta defensa del propio ser o de una dignidad míseramente conquistada (véase G. RAVASI, *Guía espiritual del Antiguo Testamento. El libro del Génesis*, Barcelona 1992, pp.86-93 y figura 1).

## 2.- La higuera:

La higuera (**te’edah-te’anim**) prospera incluso en terrenos pobres y pedregosos. De ahí que una higuera estéril sea algo incomprensible. Se acostumbraba a plantar higueras en medio de los viñedos; por eso la expresión “vivir bajo su parra y su higuera” ( 1 Re 5, 5).

Este árbol da frutos dos veces al año: higos tempranos o brevas en Junio e higos tardíos en Agosto- Octubre. El fruto de la higuera es junto con la aceituna y la uva uno de los frutos más importantes de la Palestina bíblica. El higo estaba presente por igual en la mesa de los ricos y de los pobres y era un alimento delicioso. Las quejas de los israelitas en el desierto cuando eran conducidos por Moisés y Aarón en su huida de Egipto iban dedicadas entre otras cosas a la nostalgia de los higos: “¿Por qué nos sacaste de la tierra de Egipto para traernos a un lugar tan horrible como éste en el que ni puede sembrarse ni tiene viñas ni higueras ni granados y donde ni siquiera hay agua para beber?” (Nm 20, 5).

También en la Biblia la higuera es símbolo de seguridad y de paz. En 1 Re 4, 25 se dice: “Judá e Israel habitaban seguros, cada uno debajo de su parra y de su higuera, desde Dan hasta Berseba, durante toda la vida de Salomón”. La misma idea de paz aflora en Macabeos (14, 12): “Cada uno se sentaba bajo su parra y su higuera y nada había que les causara temor”. En Miqueas (4, 4) cuando YHWH promete al pueblo hebreo un período de paz y de restauración, le dice: “Se sentará cada uno bajo su parra y su higuera y nadie los aterrorizará”. Lo mismo en Zac 3, 10: “Aquel día convidaréis cada uno a su vecino, bajo la parra y bajo la higuera”.

Y en la poesía hebrea se menciona también la higuera: “Ya ha echado la higuera sus brotes, ya las viñas en flor esparcen su aroma. ¡Levántate amada mía, esposa mía, ven!” (Cant 2, 13).

Paz, seguridad, amor sosegado....abundancia. Pero la higuera esconde además un aspecto negativo: seca se convierte en árbol malo y representa en la simbología cristiana la sinagoga que no habiendo reconocido al Mesías de la Nueva Alianza no produce frutos.

Como símbolo de la ciencia religiosa, en Egipto poseía un sentido iniciático. Los eremitas y monjes del desierto se alimentaban especialmente de frutos de la higuera. En el Antiguo y Nuevo Testamento también simboliza la ciencia, el conocimiento. Adán y Eva se ven desnudos y se cubren con hojas de higuera. Han adquirido una nueva ciencia, un nuevo conocimiento. Han descubierto su desnudez y no han sabido asumirla (véase fig. 1). Jesús maldice a la higuera (¿sinagoga, escribas, fariseos, doctores de la ley...?)(Mt 21; Mc 2, 12ss) y se dirige a ella por la ciencia y el conocimiento que representa: “Te he visto cuando estabas debajo de la higuera” (Jn 1, 48), le dice a Natanael que era un intelectual. Buda obtiene una iluminación especial bajo una higuera. Era su árbol favorito, símbolo para él también de inmortalidad, bajo el cual le gustaba enseñar a sus discípulos.

Asociada a los ritos de fecundidad: Rómulo y Remo según la creencia romana nacieron bajo una higuera. En Africa del Norte se asocia a los testículos y su fecundidad se relaciona con los higos llenos de semillas por dentro.

No sólo por sus frutos es popular la higuera, sino también por la sombra que ofrecen sus amplias ramas de grandes hojas. Como ya queda indicado, tener la casa a la sombra de una higuera y comer sus frutos eran ingredientes esenciales de esa imperturbable paz hogareña de que gozaban los israelitas en tiempos de Salomón. Todo ello sin olvidar el uso medicinal como remedio externo. Se trituraban los higos hasta hacer una especie de pulpa que se aplicaba en inflamaciones y úlceras. Isaías aconseja a Ezequías que aplique en una inflamación maligna esta masa de higos y “vivió quince años más” (2 Re 20, 7).

### 3.- La vid:

La vid (**gepen**) para la Biblia es la planta más noble de la tierra, uno de los dones que el Señor regaló a su pueblo elegido (fig. 2).

En la época bíblica, antes que el Islam introdujera la prohibición del vino, Palestina era una próspera tierra de viñedos. El zumo obtenido al prensar el fruto de la vid era una bebida tan común en Israel, que se consideraba como una de las necesidades primordiales de la vida. El zumo de uvas fermentado era una bebida muy habitual.

Noé fue el primero que descubrió los placeres del vino y la miseria que provocaba su uso inmoderado: “Noé, que era agricultor, plantó una viña. Bebió su vino, se emborrachó y se desnudó. Cam, padre de Canaán vio a su padre desnudo y salió a decírselo a sus hermanos. Pero Sem y Jafet tomaron un manto y cubrieron la desnudez de su padre” (Gn 9, 20ss). Sin embargo, sus efectos no son perjudiciales sino sólo pasajeros, pues Noé, dice el texto, vivió 350 años más.

En la poesía bíblica el vino ocupa un lugar privilegiado, especialmente en el Cantar de los Cantares en el que la palabra vino (**yayin**) aparece siete veces en lugares clave. Como imagen de las caricias es utilizado por la amada al dirigirse a su amado en estos términos: “Te daría a beber del vino aromático, el dulce licor de mis granadas” (Cant 8, 2).

“Vino que reanima y puede perturbar, que es gusto y aroma fundido. Puede despertar y adormecer. Cifra del amor: por su color de sangre, porque atrae y amenaza, porque es mejor compartido”(L. ALONSO SCHÖKEL, *El Cantar de los Cantares*, Estella 1990, p.57). “Tus caricias embriagan más que el vino” (Cant 1, 2). “Me metió en su bodega” (Cant 2, 4). “Tus pechos son racimos de uvas; tu boca un vino exquisito que corre suavemente para mí fluyendo entre mis labios y mis dientes” (Cant 7, 9.10). “Vengo a mi jardín y bebo de mi vino” (Cant 5, 1). Todo el Cantar de los Cantares es un concierto de olores y sabores, flores y frutos, perfumes y aromas, árboles y arbustos que ofrece un escenario suntuoso, encantado y delicioso a la gran obra del amor (L. ALONSO SCHÖKEL). Valdría la pena solamente centrarse en él para descubrir la enorme riqueza y el profundo simbolismo de ese mundo vegetal humanizado.

La importancia que se le da a una buena cosecha de vino es evidente en el Deuteronomio, donde entre las leyes que se refieren a hacer la guerra, muchas personas reciben el permiso para regresar a sus casas para cuidar su viñedo (Dt 20, 6). La vendimia era una fiesta de gran felicidad (Is 16, 10) y para Isafas el esfuerzo que más satisface es el de la producción de vino (Is 62, 8).

El vino es símbolo de inmortalidad y vida, de conocimiento e iniciación en virtud de la embriaguez que provoca. En Cant 2, 4: “Introdúceme en la casa del vino (bodega)”, es una forma de introducirse como diría San Juan de la Cruz en la bodega del conocimiento (sabiduría), del amor (voluntad) y de las delicias que resultan del saborear lo conocido y amado (memoria). Pero para la tradición bíblica lo que primero simboliza el vino es la alegría (Sal 104, 15; Ecl 9, 7) y es uno de los dones más importantes que Dios concede a los hombres (Gn 27, 28) pues es bebida de dioses (Dt 32, 37-38). Tiene un valor sagrado, se ofrece en sacrificios de culto (Ex 29, 40). Solamente es prohibido cuando se utiliza para cultos cananeos sincretistas (Jr 35).

El vino embriagador a veces simboliza la ira de Dios para castigar a los hombres y naciones infieles y rebeldes (Jr 25, 15ss; Is 51; Ap 9, 15).

En el Nuevo Testamento es símbolo de sangre. Cristo con su propia sangre ofrece un sacrificio, el de la Nueva Alianza (Mc 14, 24), en alusión al sacrificio cruen-

to - sangrante de Ex 24, 8. El vino, sangre de la uva (Gn 49, 11; Dt 32, 14) es uno de los símbolos eucarísticos más característicos de los cristianos, que ha sido utilizado por Jesús de Nazaret, juntamente con el pan, para simbolizar su sangre derramada y su cuerpo. En este sentido se encuentran multitud de veces representados en el arte (véase fig. 3).

En la tradición Sufi el vino representa la borrachera mística, el amor, el deseo ardiente. El vino, la antorcha y la belleza son epifanías de Dios. “Bébelo lentamente, bebe el vino porque la copa es la cara del amigo” (Shâbestari). Significa la bebida del amor divino porque este amor engendra la borrachera y el olvido completo de lo que existe en el mundo. Uno de los más importantes poetas místicos sufís, Jelal- ed- Dîn Rûmi, dice que “antes que en este mundo hubiese un jardín, una viña, de racimos, nuestra alma estaba embriagada de vino inmortal”.

También la viña tiene un profundo simbolismo en el lenguaje bíblico. Israel es llamado la “viña del Señor”. Jeremías (31, 21) hablando del regreso de los hebreos a la tierra entona un cántico de júbilo: “Entrarán con gritos de alegría en los montes de Sión, afluirán hacia los bienes del Señor, hacia el trigo, el vino y el aceite” (bienes mesiánicos).

La viña (**karem**) en toda la literatura oriental está además simbólicamente muy ligada a la feminidad y a la sexualidad (véase Lot y sus hijas, Gn 19, 30-38). En algunas tablillas sumerias la viña hace referencia al vientre de la mujer. En Ugarit la diosa de la fertilidad, Astarté, es también la que guarda la viña.

Para Israel una buena esposa es para su marido como una viña (Sal 128) y la sabiduría es una viña de hermosos pámpanos (Eclo 24, 17). El Reino de Dios es también una viña que hay que saber cuidar y no dejar en manos de otros (Mt 21, 28-46).

No podemos terminar este apartado dedicado a la vid, al vino, a la viña sin hacer una breve mención al vinagre derivado del vino. Los antiguos hebreos preparaban vinagre de vino y de otras bebidas alcohólicas, por ejemplo la cerveza. El vinagre no podía beberlo un nazir o nazireo, es decir, un iniciado o consagrado. “Si alguien, hombre o mujer, hace voto de nazir, por el cual queda consagrado al Señor, se abstendrá de vino y bebidas fermentadas, de vinagre hecho de vino y otros licores” (Nm 6, 2-3). Utilizado como astringente, para lumbagos y hemorragias, como narcótico y estupefaciente o soporífero (como en la crucifixión de Jesús, Mt 27, 33-34; o mezclado con mirra, Mc 15, 23).

Tiene sus efectos negativos y así es utilizado simbólicamente en la literatura sapiencial: “Vinagre a los dientes y humo a los ojos es el perezoso para quien le encarga algo” (Prov 10, 26). “Echar vinagre en una llaga o quitarse la capa en día de frío es cantar coplas a un corazón atribulado” (Prov 25, 20).

Sin embargo, como refresco es ofrecido por Booz a Rut como recompensa por su amor a su suegra: “A la hora de comer dijo Booz a Rut: - Acércate acá, come y moja tu pan en el vinagre” (Rut 2, 14).

Nos queda un último elemento en el campo semántico de la vid, que se encuentra frecuentemente representado en el arte (véase fig. 4): el lagar, lugar donde se hace el vino. A él se llevaban los racimos, generalmente se encontraba excavado en la roca y situado dentro de la misma viña (Is 5, 2). El lagar se componía de dos planos que se comunicaban entre sí. En la parte superior (**gat/get**) se echaban las uvas, luego se pisaban con los pies (Is 63, 2s; Jr 25, 30;48, 33; Lam 1, 15; Neh 13, 15). En la parte más baja (**yeqeb**) se recogía el mosto y se echaba luego en jarras (Jr 13, 12) u odres, en los cuales continuaba la fermentación. Mientras el vino fermentaba se conservaba en odres nuevos para evitar que por falta de resistencia se rasgaran (Mt 9, 17). También existían lagares para la elaboración del aceite. Uno de los más conocidos en Jerusalén era el de Getsemaní (**Gat - semen**) (Fig. 5).

#### 4.- El trigo:

Es uno de los cereales más importantes de Palestina y su cultivo se remonta al Bronce Y. Es un cereal de invierno que se cosecha en Junio o Julio. En tiempos bíblicos se tomaba cocido en forma de pan o tortas. Fue uno de los siete dones con que se bendijo la tierra prometida. En el ritual del Levítico ( 2, 1ss) la ofrenda ha de ser necesariamente de trigo: “Cuando alguien presente una ofrenda al Señor, ésta será de flor de harina; derramará aceite sobre ella y pondrá incienso”.

Simboliza muerte y vida; alternancia de la muerte del grano y de su resurrección en múltiples granos. Seno materno y seno de la tierra en donde muere el grano y crecen otros. Armonía entre la vida vegetal y la vida humana, sometidas ambas a vicisitudes semejantes.

Juan, el evangelista, aplica el símbolo a Cristo y a su glorificación: “Si el grano de trigo no muere, queda infecundo; pero si muere, da muchos frutos” (Jn 12, 23-25).

Y el pan es símbolo del alimento esencial del ser humano. Jesucristo se presenta como pan de vida (fig. 6) y para los hebreos son muy importantes los panes de la proposición y los panes ácidos, símbolo de la pascua, del éxodo, del desierto... Símbolo de vida activa, mientras que el vino lo es de la vida contemplativa.

La levadura con la que aparece frecuentemente relacionado indica por una lado la transformación espiritual y por otro, su ausencia (pan ácimo), es símbolo de pureza y sacrificio.

En el ritual de sacrificios del Levítico (cap. 2) la ofrenda vegetal consiste en flor de harina (la mejor harina) sobre la que se ha de derramar aceite y poner incienso y luego quemar. La levadura no se puede utilizar en las ofrendas: “No preparéis con levadura ninguna ofrenda que hagáis a Dios pues nada de levadura ni de miel pueden ser quemadas en honor de Dios... Pero sí echarás sal a todas las ofrendas” (Lv 2, 11s).

En cuanto a la pascua, Ex 12, 15ss ordena que “durante siete días comeréis panes ácimos; desde el primer día eliminaréis la levadura de vuestras casas, porque el que coma pan fermentado cualquiera de esos siete días será expulsado de Israel. Guardaréis la fiesta de los ácimos porque en ese día saqué yo a vuestros ejércitos de Egipto. Guardaréis ese día de generación en generación. Desde la tarde del día catorce (primera luna llena de primavera) del primer mes (Nisán) hasta la tarde del veintiuno sólo comeréis pan ácimo... No comeréis nada fermentado”.

### 5.- El olivo:

Para la Biblia es un árbol de gran riqueza simbólica: paz, fecundidad, purificación, fuerza, victoria, recompensa. Siempre verde simboliza la salud.

Es mencionado al principio del libro del Génesis (8, 11) cuando Noé verifica que las aguas ya no cubren la tierra y que llega una nueva era de paz y tranquilidad simbolizada por una paloma que trae en su pico una rama verde de olivo.

El olivo compite con la vid y la higuera por el primer lugar con respecto al uso que de ellos hace la humanidad. La cruz de Jesucristo, según una antigua tradición y leyenda, había sido hecha de olivo y cedro. Los querubines del templo de Salomón eran de Olivo (1 Re 6, 23). El olivo se menciona en diferentes pasajes de la Sagrada Escritura. Crece en estado silvestre y en Palestina también se cultiva. Las laderas occidentales del Líbano, la región costera y las colinas de Galilea están densamente pobladas por estos árboles. Los más famosos crecen en el jardín de Getsemaní y se dice que algunos de ellos son de tiempos de Jesús, ya que estos árboles viven muchos años (véase fig. 5). Por esta permanencia, símbolo de eternidad, y por el aceite de sus frutos es muy probable que el árbol de Jessé del que habla Isaías (10, 1.10) y 1 Sm 16, 18-32 para demostrar la permanencia de la dinastía davídica hasta Jesús de Nazaret (Mt 1) y que aparece muy frecuentemente representado en el arte (véase fig. 7), sea el olivo.

Permanencia y utilización del óleo (aceite- **semen**) para las unciones de los sacerdotes, profetas y reyes. El olivo (**zayit**) que significa “lustroso o verde nuevo” produce frutos de color verde oscuro y con hueso: las aceitunas que tienen un 50% de aceite. Este desempeñaba una función importante en la preparación de unciones. Cuando reyes o sacerdotes eran ordenados se vertía aceite sobre su cabeza. El tabernáculo y los demás objetos de culto se ungían con aceite mezclado con mirra, canela, cálamo aromático y casia (Ex 30, 22). Jacob ungió la piedra que colocó bajo su cabeza antes de acostarse a dormir, la misma noche en que soñó que veía la escalera que unía el cielo y la tierra y llamó al lugar Bet-El (Gn 28, 18-19).

El aceite de oliva también era utilizado como fuente de luz: para el candelabro (Ex 27, 20; Lv 24, 2) y como complemento del holocausto diario (Ex 29, 40s).



¿Cómo se preparaba el óleo de la unción? Ex 30, 23ss lo explica de la siguiente manera: “YHWH dijo a Moisés: -Recoge tú mismo los mejores aromas: seis kilos de granos de mirra; la mitad, o sea tres kilos, de canela olorosa; otros tres kilos de caña aromática; otros seis kilos de casia... y siete litros de aceite de oliva. Prepara con ello el aceite para la unción santa, la mezcla más rica que haya hecho un perfumista... Unge la tienda del encuentro, el arca, los accesorios.... unge a Aarón y a sus hijos y conságralos como sacerdotes a mi servicio”. Otros ejemplos de unción son la de Saúl por Samuel (1 Sm 10, 1) como rey, a quien se le llama el unguento (**masiah** - mesías) de Dios, la de Eliseo por Elías para constituirlo profeta (2 Re 19, 16) o la ya citada de Aarón por Moisés para el sacerdocio (Ex 29, 7;30, 30; véase Lv 10, 7). (fig. 8).

La unción con óleo en el Bautismo viene a significar esta triple realidad para el bautizado que se convierte así en sacerdote, profeta y rey (un **masiah** de YHWH).

Además el aceite en toda la literatura bíblica es considerado como elemento básico de la nutrición (Eclo 39, 26). Como condimento o para dar solidez a la harina (véase viuda de Sarepta y Elías - 1Re 17, 7-16), fortalecedor del organismo y los músculos, como también entre los árabes, cosmético para ornato y cuidado corporal: “Que en todo tiempo tus vestidos estén limpios y que no falte el aceite de tu cabeza” (Eclo 9, 8). Noemí, la suegra de Rut, le encarga que se lave y se unja y se vista de sus mejores vestidos para aparecer hermosa a Booz (Rut 3, 3). Ester se ungió largo tiempo con aceite mirrado antes de presentarse al rey (Est 2, 12).

En el libro de los Salmos el aceite significa alegría: Dios unge a su rey con aceite de alegría (Sal 45, 8); la cabeza del huésped se unge abundantemente con aceite (ungüento), se le prepara un banquete y la copa ha de estar llena hasta rebosar (Sal 23, 5); el rostro se alegra con el aceite, mientras el vino alegra el corazón y el pan lo fortifica (Sal 104, 15).

En el Nuevo Testamento conserva toda esta carga simbólica: la mujer pecadora unge con aceite los pies de Jesús (Lc 7, 38) y María, la hermana de Lázaro, derrama aceite perfumado sobre la cabeza de Jesús, antes de la pasión (Mt 26, 7). No unirse con aceite era señal de duelo y tristeza (Mt 6, 17; 2 Sm 14, 2). Y la unción era utilizada para enfermedades y exorcismos: a los apóstoles se les envía a “predicar, echar demonios, ungió con aceite a enfermos y curarlos” (Mc 6, 13).

Como hemos podido comprobar, en la mentalidad del pueblo hebreo las plantas ocupan un lugar privilegiado. Nos quedan muchas por tratar: el cedro, el lino, la cebada, la palmera (Tamar), el mirto (Esther), el terebinto, el rosal, el almendro, el lirio, el álamo, el ciprés, los nardos, el azafrán, la canela, el cinamomo, el áloe, el coriandro, el ricino, el hisopo, la alcaparra, la mandrágora... Solamente le hemos dedicado este espacio a las más importantes, sin por ello excluir la posibilidad de continuar con la serie.

La tierra prometida alcanzará su máxima prosperidad cuando el hombre y la mujer puedan gozar de los bienes del Señor, el trigo, el vino y el aceite, los corde-

ros y los terneros. Habrá paz cuando pueda sentarse tranquilo bajo la parra y la higuera. El disfrute del árbol de la vida, no el del conocimiento del bien y del mal ( endiosamiento), llevará al ser humano a gozar de los bienes presentes, a hartarse de ricos y generosos vinos, a que no se escape ninguna flor primaveral, a coronarse de rosas antes de que se marchiten... (véase todo el Qohelet y Sab 2, 6), a perfumarse con mirra, áloe, casia, cinamomo y nardo (véase Cantar de los Cantares). El mismo Jesús de Nazaret utilizará en sus discursos parábolas como la de la vid y los sarmientos, la del grano de mostaza, la de la higuera y sus yemas, la de los lirios del campo... hasta convertirse él mismo en trigo amasado y uva estrujada. Los falsos profetas, los fariseos... son para él como cardos y espinos, mientras que el justo florece como árbol plantado al borde de la acequia.

Estos motivos vegetales analizados en su simbolismo bíblico oriental han sido ilustrados con hermosos tableros del coro del Monasterio de Montederramo obra de Alonso Martínez en el siglo XVI. Desgraciadamente muchos están muy deteriorados, otros perdidos o arrebatados y algunos se conservan restaurados o en proceso de recuperación en el Museo Arqueológico de Ourense.



Fig. 1. Adán y Eva. Coro de Montederramo. Alonso Martínez, S. XVI-XVII

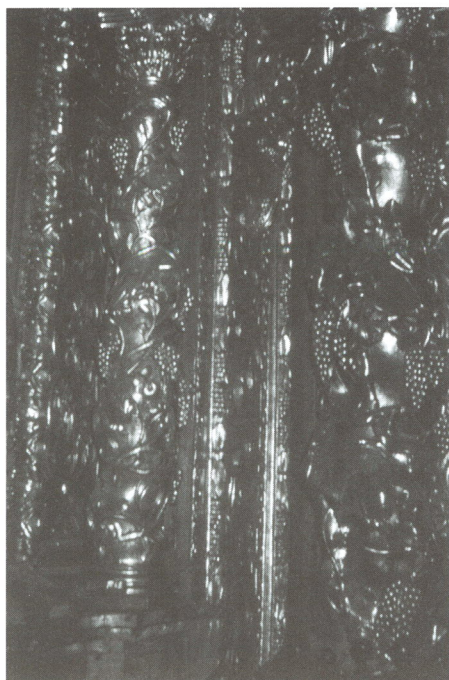


Fig. 2. Racimos. Sto. Cristo. Catedral de Ourense. Castro Canseco, S. XVIII



Fig. 3. Última Cena. Coro de Montederramo. Alonso Martínez, S. XVI-XVII



Fig. 4. El Lagar. Coro de Montederramo. Alonso Martínez, S. XVI-XVII



Fig. 5. Getsemaní. Capilla Sto. Cristo Catedral de Ourense. Castro Canseco, S. XVIII



Fig. 6. Emaús. Coro del Monasterio de Montederramo. Alonso Martínez, S. XVI-XVII



Fig. 7. El árbol de Jesé (IS 11,1). Coro de Montederramo. Alonso Martínez, S. XVI-XVII



Fig. 8 Unción de Saúl por Samuel (1Sm 10,1SS). Coro del Monasterio de Montederramo. Alonso Martínez, S. XVI-XVII